



MI PARROQUIA

Hoja Dominical de SANTIAGO de Cáceres

El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Dionisio Moreno Barrio, Obispo de Coria, concede 50 días de indulgencia a todos y cada uno de los lectores de esta hoja parroquial.

Domingo II después de la Epifanía

Santo Evangelio

San Juan, II, 1-11.

En aquel tiempo: Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y allí se hallaba la madre de Jesús. Fué también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos. Y como viniese a faltar el vino, dijo su madre a Jesús: No tienen vino. Respondióle Jesús: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Aun no es llegada mi hora. Dijo entonces su madre a los sirvientes: Haced lo que él os diga. Estaban allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos; en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas. Dijole Jesús: Sacad ahora en algún vaso y llevadlo al architriclino. Hiciéronlo así. Apenas probó el architriclino el agua convertida en vino, como él no sabía de dónde era (bien que lo sabían los sirvientes que lo habían sacado), llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor; y cuando los convidados han bebido ya a satisfacción, sacan el más flojo; tú, al contrario, has reservado el buen vino el último. Así en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros con que manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en Él.

COMENTARIO

Vida oculta llevó el Señor hasta la edad de treinta años y de ellos sólo refiere el Evangelio dos hechos en que

salió del taller de Nazaret: uno es el de la pérdida de Jesús en el templo, que comentamos en el domingo anterior, y otro es el de la asistencia a las Bodas de Caná que se refiere en este Evangelio.

Los dos estaban justificados; pues en el de hoy quiso Jesús hacer la consagración de las bodas, asistiendo a ellas, para elevar al matrimonio a la dignidad del sacramento.

¡Qué bien sabía el Señor los errores y los ataques que había de sufrir el matrimonio! Por eso quiso santificarlo con su presencia, para que los hombres no lo considerasen como cosa humana y por tanto sujeto a las veleidades de la voluntad; sino como cosa divina e inmutable en su ser una vez constituido.

Simbólico es el milagro que en este día se obró en estas bodas a ruego de la Santísima Virgen y con la intervención de Jesús.

¿Qué hubiera pasado si no hubiese asistido el Señor en esta ocasión en que a la mitad del banquete se acabó el vino?

Pues una cosa análoga sucede a los matrimonios, en que los cónyuges fían únicamente en el amor natural y para nada confían en la gracia del sacramento y en la ayuda que para cumplir sus deberes les da Jesucristo.

Efímero es el amor humano como todo lo del hombre y si el corazón no se pone en contacto con la fuente del amor humano, inagotable, que es el corazón de Cristo, muy pronto se concluirá, como se terminó el vino; mas si los contrayentes invitan al Señor a sus

bodas, esto es, si las contraen cristianamente y prometen cumplir sus deberes religiosos y educar a los hijos en el temor de Dios, entonces tendrán la ayuda divina y no pasará el amor, sino que irá renovando y aún acrecentando, como sucede con el vino de buena calidad que adquiere más fuerza con el transcurso del tiempo.

LA VOZ DEL PAPA

Podemos asegurarlo: el mundo está hoy pendiente de la voz del Papa.

Los gobernantes y los sabios de la tierra prestan gran atención a las palabras del Vicario de Jesucristo.

Unos y otros se han convencido de que la humanidad se desviará de sus caminos, si no sigue las sendas que le traza el que ha recibido de Dios el don de la infalibilidad.

Los grandes confiaban en su fortaleza y los sabios en su ciencia, y unos y otros se creían desligados en absoluto de toda sumisión al Obispo de Roma, como si la fuerza y la ciencia les bastaran para dirigirse y dirigir a la vez a la humanidad. Por eso ha habido un tiempo en que la voz del supremo Jefe de la Iglesia no era escuchada; y aun muchas veces era menospreciada.

Pero Dios castiga la soberbia de los hombres. Y cuando éstos quieren obrar contra las leyes divinas y desoyendo a los que el Señor ha puesto en la tierra para ilustrarlos y dirigirlos, tienen que sufrir forzosamente las consecuencias de su rebeldía y de su orgullo.

Estas consecuencias las estamos haciendo mucho sufriendo. En todos los órdenes de la vida podemos decir que la sociedad está desquiciada. No hay orden en el mundo, que es tan necesario para la paz y el verdadero progreso; y las naciones caminan a su ruina.

La Iglesia por medio de sus Pontífices ha dictado siempre sabias medidas para que pueda haber armonía entre los de arriba y los de abajo, entre los

ricos y los pobres, entre el capital y el trabajo. A pesar de ello el mundo no atendía ni escuchaba esas lecciones. Hoy se recuerda y se atiende más a aquella admirable Encíclica de León XIII tan conocida y que tan sabiamente regula las relaciones entre los patronos y los obreros. Y no habrá paz entre unos y otros mientras no se sigan sus preceptos, y no se practique su doctrina, porque es la doctrina de Cristo, basada en la justicia y en la caridad.

Hoy llama la atención del mundo la nueva Encíclica del Sumo Pontífice Pío XI sobre el matrimonio cristiano; documento tan hermoso, que todos se hacen lenguas de su valor, por el que el actual Vicario de Cristo pasará a la historia como uno de los más grandes pontífices de la Iglesia.

Pero de este documento hablaremos aparte.

La familia, el pueblo, la nación

Dios ha puesto en nuestro corazón ciertos afectos que son necesarios para vivir en sociedad, ya que el hombre no puede vivir en el aislamiento como los animales en las selvas.

El primero es el afecto a la familia. Por eso se dice que los individuos de una misma familia están unidos por los vínculos de la sangre: el amor materno, el amor filial, el amor fraternal. ¡Con qué paternal providencia ha cuidado el Señor de tener unidos a los miembros de una misma familia mediante ese amor que los estrecha íntimamente entre sí, y hacer comunes las penas lo mismo que los gozos, y que da fuerzas para vencer las mayores dificultades y peligros en que se encuentran muchas veces los que viven bajo el mismo techo!

El segundo es el amor al pueblo o región en que se nace y se vive, por el que sentimos gran interés y lo preferimos

a todos los demás. El país en que nacemos tiene encantos singulares y recuerdos que perduran por toda la vida. Es un cariño por el que el Señor quiere que miremos con ojos de predilección la tierra que nos sustenta para que nos sirva más de paraíso ameno que de cárcel triste.

El tercero es el amor a la patria, que nos recibe, nos ampara, nos da sus leyes y nos acoge bajo su hermosa bandera. Quiere Dios que mediante este afecto se formen y consoliden poderosamente las naciones para el progreso y civilización del mundo. Y es tan fuerte este cariño a la Patria, que por ella sus buenos hijos estamos siempre dispuestos a dar nuestra sangre y nuestra vida. Y a los que así hacen en los momentos en que se ve en peligro o amenazada, ella los bendice y los encumbra. Los mismos gentiles decían que es cosa dulce y honrosa morir por la Patria.

Y nuestra santa Religión bendice estos amores tan altos y tan santos. Por eso la Iglesia quiere que seamos buenos padres, buenos hijos, y buenos ciudadanos. Y cuando veáis que alguno maldice de la familia y no ama a su pueblo y no tiene cariño a su nación, podéis asegurar que tampoco siente el afecto que debemos tener a nuestra Madre la Iglesia Católica, ni nos inspiramos en sus doctrinas.

El Matrimonio cristiano

Oportunísima es la Encíclica de Su Santidad el Papa Pío XI sobre tan interesante asunto.

Son tan subversivas las doctrinas que se vienen predicando constantemente contra la santidad, los fines, los derechos y deberes del matrimonio cristiano, y son tan graves los daños que tan santa institución viene recibiendo, que el Sumo Pontífice, para atajar tantos males, dirige al orbe católico este hermoso documento en el que vin-

dica todos los derechos concedidos por Dios al instituirlo, y confirmados por nuestro Señor Jesucristo al elevarlo a la dignidad de sacramento.

Cuando se ataca a la raíz del árbol, sólo puede esperarse que tarde o temprano se seque o se pudra. Cuando se socavan los cimientos de un edificio, no tardará en venir a tierra.

Pues el matrimonio es la raíz del árbol de la sociedad; es el cimiento y la base firme y necesaria del edificio social. Todo lo que se haga contra el matrimonio, se hace contra la misma sociedad. Porque el matrimonio es el medio con que Dios quiere que se formen las familias; y las sociedades no son otra cosa que un conjunto de familias.

Esta Encíclica, de la que se harán numerosas ediciones para que llegue al pueblo la voz autorizada del Pontífice, viene a confirmar y robustecer el pensamiento de Su Santidad al publicar la otra, también hermosa y memorable sobre la educación cristiana de la Juventud, de la que también se han repartido al pueblo numerosos ejemplares.

Es necesario que todos tomemos con interés un asunto tan importante; y que no haya entre nosotros una sola familia que no tenga tan preciado documento, y que no inspire sus actos en sus sabias enseñanzas.

La gran familia cristiana tiene al Sumo Pontífice por padre. Y como todo marcha bien en el hogar cuando los hijos obedecen al padre y se aman entre sí, de igual manera habrá orden, paz y progreso en el orbe católico, si todos obedecen al que está puesto por Dios como padre de todos.



Las obras parroquiales La Catequesis

Toda parroquia que aspire a su perfeccionamiento, debe tener bien servida la Catequesis, que ha de ser como el plantel o el vivero de los buenos feligreses, ya que el ser buen feligrés requiere gran amor a Jesucristo, y el conocimiento y amor de Cristo se adquiere de niño, especialmente en la Catequesis, después de las primeras ideas recibidas de nuestros propios padres en la niñez.

Por eso no nos cansaremos nunca de rogar a todos los feligreses que miren como cosa propia la Catequesis parroquial, y trabajen con todo interés y con el mayor cariño por su desarrollo y prosperidad.

Es preciso que todos los niños conozcan a Jesucristo y empiecen a amarlo. Y los que consiguen esto pueden con razón llamarse apóstoles. Es un apostolado muy acepto al Señor el de la enseñanza de los niños, a los que Él tanto amó.

Y podemos ejercer este apostolado de varias maneras: siendo.

Instructores

¡Qué cariño les toma el instructor a la sección de niños que invariablemente reúne en torno de sí todos los domingos y fiestas de precepto para hacerle conocer las principales verdades de nuestra fe!

¡Y qué cariño profesan los niños a sus propios instructores! Es de ver la pena que sienten cuando por enfermedad o ausencia u ocupaciones ineludibles faltan o llegan tarde! Solo este cariño mutuo sería suficiente premio para la labor y el sacrificio que los instructores o catequistas se imponen de no faltar día ninguno.

Pero además el Señor tiene que premiar muy generosamente a los que se consagran a este servicio. Servir a Jesús, y servirle en la persona de sus amados niños; es llevar en el mismo trabajo la más dulce recompensa.

Jóvenes de uno y otro sexo, caballe-

ros y señoras: sabed que en nuestra Parroquia hacen falta muchos instructores. Que no se diga de nosotros la triste queja del Profeta: Los pequeños pidieron pan, y no había quien se lo partiese.

Se puede también ejercer este apostolado, siendo

Cooperadores

Esta cooperación podemos prestarla de varios modos. Ahora nos limitaremos a tratar del interés que hemos de tomar por que los niños asistan a la doctrina.

Es una lástima ver por esas calles tantos niños perdiendo un tiempo precioso, empezando a adquirir los vicios de la holganza, dejando de aprender en esa edad tan crítica, y faltando a la vez al precepto de oír la santa Misa. Porque es seguro que el niño que no va a la Doctrina tampoco por lo general oye Misa.

CULTOS DE LA SEMANA

Hoy, domingo, la Misa rezada a las ocho y la parroquial a las nueve. Por la tarde a las seis el ejercicio con santo Rosario, catequesis de adultos y bendición con el Santísimo.

Esta tarde a las tres se cantarán vísperas en la ermita de los Santos Mártires, anticipándose a este día por ser domingo, y poniéndose en el portal de la misma ermita la Mesa de ofrendas.

El martes a las diez fiesta solemne con sermón en honor de los santos mártires, San Fabián y San Sebastián.

El jueves la comunión de los coros eucarísticos en las dos Misas. Por la tarde la hora Santa a las seis.

El viernes las Misas en el altar de N. P. Jesús Nazareno. Y por la tarde el ejercicio del Via-Crucis y Miserere solemne, terminando con la procesión del Santísimo al altar mayor.

En los demás días las Misas a las siete y media y ocho y media y por las tardes a las seis el ejercicio con Rosario, meditación y bendición con el Santísimo.